Los falsos cronicones contra la Historia (o Granada, corona martirial)
BARRIOS AGUILERA, Manuel
Granada, Universidad (Biblioteca de Bolsillo, Divulgativa), 2004, 213 págs.

Las líneas que siguen son la sencilla reflexión que me suscita, en mi doble condición de arabista, de universitario y, también, de granadino de adopción, una lectura reciente. El día 21 de mayo de 2004, en el marco de las novedades editoriales ofrecidas por la Editorial Universidad de Granada para ese año, se presentó *Los falsos cronicones contra la Historia (o Granada, corona martirial),* de la que es su autor Manuel Barrios Aguilera, profesor de Historia Moderna de la Universidad de Granada, reputado investigador, director de la ya veterana *Chronica Nova* (Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada) y de la prestigiosa colección *Archivum* de la Editorial Universidad de Granada.

Vaya por delante que ésta es una obra de síntesis, breve pero densa, fluida, de orientación explícitamente divulgativa, libre del habitual aparato crítico (es decir, de los «pesados fardos» con los que se suele castigar al lector o curioso de la historia), pero realizada a partir de una dilatada experiencia investigadora, materializada a través de una buena relación de monografías y estudios sobre el Reino de Granada (empeño siempre recurrente) con especial atención al tema morisco-repoblación —cabe señalar entre sus libros: *Moriscos y repoblación en las postrimerías de la Granada islámica* (1993); *Martirios y mentalidad martirial en las Alpujarras. De la rebelión morisca a las Actas de Ugíjar* (2001), o *Granada morisca, la convivencia negada. Historia y textos* (2002), auténtica obra de madurez, que llevaba larvada otras publicaciones

como las que nos ocupa—; de la promoción y dirección de colectivos de importancia —por ejemplo: *Hombre y territorio en el Reino de Granada (1570-1630). Estudios sobre repoblación* (1995); *Las Tomas. Antropología histórica de la ocupación territorial del Reino de Granada* (2000); *El Reino de Granada a debate. Viejos y nuevos temas* (2003)—; y, en el último tramo de su actividad, el estudio del tema de los Libros plúmbeos y el Sacromonte, de forma seriada, bajo un mismo y coherente hilo conductor —entre otros: «Don Pedro de Castrto y el Sacromonte de Granada en el *Místico ramillete* de Heredia Barnuevo»; «Granada en escorzo. Luis Francisco de Viana y la historiografía del Sacromonte», «El bucle metahistórico. Los libros plúmbeos de Granada, realidad histórica y mito», «El Sacromonte de Granada o el mito incesante»…—, etcétera.

Es en este último apartado en el que se inserta el libro que nos ocupa, es decir, nuevamente en la temática de la Granada islámica, pero ya sin poder político, la Granada morisca del siglo XVI y las secuelas de la época barroca y del siglo XVIII. No es éste el lugar para describir el largo proceso del descubrimiento, análisis, discusiones y pugnas por la autenticidad o falsedad de la literatura sacromontana (las invenciones de la Torre Turpiana y de Valparaíso, libros plúmbeos, reliquias martiriales) de finales del siglo XVI, o sobre toda la literatura laminaria vindicativa setecentista, pese a la condena romana de 1682, y que terminó con la sentencia condenatoria de las posteriores falsedades de la Alcazaba en 1777; ni para esbozar someramente el ambiente social y religioso de la Granada de aquellos siglos, aspectos que pueden hallarse minuciosamente analizados, sobre todo a partir del recientísimo *dossier* publicado en una de las más prestigiosas revistas del arabismo español, *Al-Qantara,* coordinado por la eminente investigadora Mercedes García Arenal (CSIC), y en el que, dicho sea de paso, el autor del presente libro también figura como colaborador («El castigo de la disidencia en las invenciones plúmbeas de Granada. Sacromonte *versus* Ignacio de las Casas»). Es evidente que el tema goza de una bibliografía moderna que ya supera el casi medio siglo, en general competente, y parte de ella considerada clásica con todo merecimiento y otra, muy reciente, como la ya aludida, bien documentada y renovada metodológicamente, que constata la mayoría de edad alcanzada en el análisis del tema.

Hoy pocos dudan de que «las invenciones» sacramontanas fue un audaz intento de resistencia intelectual por parte de los moriscos granadinos, al colocar la lengua árabe como la herramienta indispensable para que Granada y España asumieran un pasado y un futuro comunes; tampoco lo es el hecho de que el pergamino y los Libros del Sacromonte suponían una evidente falsificación moderna, plagada de errores históricos y desvíos teológicos y trufada además de reconocibles signos del credo y uso musulmanes; y mucho menos

lo es, mediante una habilísima instrumentación del «hecho», el deslumbrante destino que, a raíz de tales descubrimientos habría, de concedérsele a Granada, colocando a ésta en la primera línea de la atención piadosa, eclesiástica y erudita de la España del finales del siglo XVI y comienzos del XVII, para alegría de toda la cristiandad. Pese a todo, la obcecada vindicación y defensa de las invenciones plúmbeas, del llamado *espíritu sacramontano* que empezó a gestarse en vida del fundador Pedro de Castro y Quiñones, cuya responsabilidad falsaria está fuera de duda, así como su conexión ideológica con los posteriores fraudes alcazabinos, no ha dejado de ser un elemento instrumentalizado en nuestros días, y sigue despertando una atención, a todas luces interesada, sobre todo en los medios eclesiásticos, directa o indirectamente relacionados con la institución de la Abadía.

Como subraya el profesor Manuel Barrios en algunas de las páginas de esta obra recapituladora y en otras muchas de su ingente labor investigadora, en temas ideológicamente tan sensibles como el que nos ocupa no caben «orillamientos», «olvidos interesados», «connivencias», «instrumentalizaciones», y mucho menos «ambigüedades», sin que medie para ello «ningún dato nuevo, ni archivístico ni bibliográfico». Habrá que asumir, —no queda otro remedio, historiográficamente, claro—, que la alargada sombra del arzobispo Castro persiguiera, en vida y durante dos siglos más, cualquier intento de negación de sus «quimeras» que, vinieran de donde vinieran, cercenaran sus objetivos de naturaleza cerradamente contrarreformista; habrá que asumir —insisto, historiográficamente— que su empeño, no dudo que por convicción, impulsara una Granada nueva, en la que el Sacromonte, auténtica obsesión de su vida, se convirtiera, a la vez que un referente cultural sin precedentes, en el «santuario de los orígenes de la fe en Andalucía», a costa de una Granada islámica que la había precedido; pero que haya que asumir a comienzos del siglo XXI, con todo lo que ha llovido, que esa alargada sombra haya de mantenerse no por convicción, sino por interés, me parece cuando menos una falta de honradez intelectual. Si para atemperar la figura del fundador, si para justificar la grandeza de sus obras, si para hallar una explicación a la «solución sincrética» entre el islam y el cristianismo —y cabe preguntarse si es posible una síntesis combinatoria de dos religiones fenomenológicamente irreconciliables, con elementos de fe mutuamente excluyentes como estima L. F. Bernabé Pons— o si para justificar los orígenes del cristianismo granadino, es necesario negar la existencia del «hecho islámico» en la España moderna, y proponer que fue «un ambicioso proyecto concebido por un grupo de moriscos y cristianos viejos», deudores «de las tradiciones medievales cristianas, la teología católica y la problemática político religiosa de la España moderna», o, en última instancia, recurrir a un insondable acto de fe cuando ya no se pueden superar las contradicciones entre ésta y la razón, como se ha

intentado justificar recientemente en una biografía sobre el primer prelado granadino, estamos ante un nuevo acto estrambótico del fenómeno falsario.

Libros como el que comento intentan atajar estas actitudes historiográficas —el autor habla de deconstrucción de un mito—, que en nada favorecen a la Historia con mayúscula. Porque la historia, así la entiende Manuel Barrios, además de una disciplina científica con la finalidad sabida del recto conocimiento del pasado —no sabemos hasta que punto la ciceroniana «maestra de la vida»—, debe de ser un acto intelectual de fuerte compromiso, cargado de buenas dosis de honradez y de generosidad.

EMILIO MOLINA LÓPEZ